

COMENTARIO A LA LECCIÓN INAUGURAL PRONUNCIADA POR SALVADOR GINER

*Oscar Fernández**

En su lección inaugural, Salvador Giner retoma algunas tesis que había esbozado o desarrollado ya en otras ocasiones; las reitera con fuerza o las reformula con agudeza y nos presenta un texto en el que destila, casi que en cada párrafo, un punto de vista muy personal, que se va decantando y organizando a lo largo de un discurso respaldado por una notable experiencia académica: la de toda una vida consagrada a este quehacer que hoy llamamos sociológico.

Existen muchas razones para experimentar una clara simpatía frente a algunas de sus reiteradas tesis. ¿Cómo no coincidir con Giner sobre la importancia que cobra hoy el diálogo con los clásicos en nuestra disciplina? ¿Cómo no compartir su simpatía hacia el neokantismo y su admiración confesa hacia Weber y más aún hacia Simmel? Participamos con él de ese rechazo de lo que él ha llamado, no sin cierto humor, el atolondramiento ideológico, que alimentó en el pasado reciente tanto dogmatismo, tanta intolerancia y tanta mediocridad. Valoramos su esfuerzo por mantener cierta equidistancia frente al fervor comunitarista y la prepotencia de algunos liberales que se resisten a matizar y a comprender esa realidad social que, en su complejidad inagotable y en su imprevisibilidad frecuente, nos obliga no solo a mantenernos particularmente atentos a su devenir, sino que nos exige también la modestia requerida para corregir aquellos diagnósticos y aquellos pronósticos de cuya verdad apenas nos atrevíamos a dudar.

Pero ese gusto por el matiz, ese intento de querer ponderar y explorar los vericuetos sinuosos de las posiciones diversas e incluso contradictorias se torna un arma de doble filo: por momentos da fuerza a su argumentación, pero en otros manifiesta ciertas debilidades o fisuras en su perspectiva que no dejan de producirnos cierto desazón o desconcierto.

Circunscribiré mi análisis únicamente a dos de las tesis esbozadas por Giner en su texto y que me parece que, bien que mal, ocupan un papel central en su argumentación y en su discurso.

La primera de ellas, *la del pretendido carácter hegemónico de las ciencias sociales en el pensamiento contemporáneo y más específicamente en nuestras sociedades actuales*, me lleva más bien a diferencias de apreciación.

* Escuela de Antropología-Sociología, Universidad de Costa Rica.

Mientras que la segunda tesis, *la del supuesto carácter anfibio, valga decir: descriptivo y prescriptivo que tendrían las Ciencias Humanas* (la Sociología y la Antropología), me conduce a formular diferencias de carácter epistemológico.

Comencemos pues por analizar brevemente esa primera tesis que señala, más que una importancia creciente de las ciencias sociales en nuestras sociedades contemporáneas, una especie de incidencia decisiva en la vida social de esas formaciones.

Sobre este señalamiento que hace Giner, existe cierta similitud con el análisis de la reflexividad que en diversos lugares de su extensa obra ha realizado Anthony Giddens. Para el sociólogo británico, las ciencias sociales, al tener que recurrir inevitablemente en sus enunciados al lenguaje natural, utilizan vocablos que, en su uso popular y cotidiano, casi siempre presentan significados múltiples y a menudo difusos. Sin embargo, al tener que definir o redefinir esos conceptos de manera más o menos clara y precisa, ese trabajo de clarificación no limita sus efectos únicamente al discurso propiamente sociológico, sino que retorna a su lugar de origen y se reintroduce en ese discurso popular y cotidiano de donde originalmente había partido. Ese flujo de doble vía permite ciertamente que la cultura sociológica alimente y retribuya a ese sentido común que le brindó, a las ciencias sociales, la materia prima de su quehacer específico. Pero eso no significa necesariamente una hegemonía del discurso sociológico sobre el discurso cotidiano. A pesar de la influencia que los científicos sociales puedan haber adquirido al atribuir, en muchas ocasiones, significados nuevos a palabras que antes se usaban con otros significados, el sentido común, querámoslo o no, ofrece una resistencia grande al cambio, reforzada por el uso prolongado y reiterado que de esos mismos conceptos se había venido haciendo. Eso hace sin duda difícil esa mutación en el ámbito de los significados y de las interpretaciones.

La tesis de esa hegemonía puede resultar sugestiva e interesante, pero no estoy seguro que resulte tan claramente comprobable como lo afirma el autor en su texto. Lo que sin duda me parece claro es que la tesis puede resultarnos halagadora, autogratificante y eventualmente estimulante a quienes nos dedicamos por oficio a esas Ciencias Humanas de las que nos habla Giner. El atribuir una influencia y una significación, talvez sobredimensionada, a lo que se hace en Ciencias Sociales, puede alimentar la ilusión de la utilidad de nuestro trabajo, utilidad que no aparece tan clara a quienes residen fuera de nuestra disciplina.

Ahora bien, si bien las diferencias que mantenemos con esa primera tesis se refieren a apreciaciones que, en todo caso, podrían ser corregidas o matizadas por el suministro y análisis de más o mejores evidencias, las diferencias que en su lugar nos suscita la segunda tesis son sin duda más complejas y –en todo caso– de otro orden. Afirmar el carácter doblemente descriptivo y prescriptivo de las llamadas ciencias humanas nos introduce en el terreno propiamente epistemológico, en la medida en que se nos pretende señalar aquellos rasgos que resultarían definitorios y específicos de ese saber que designamos convencionalmente como ciencias humanas o sociales.

Giner comienza por subrayar la importancia de la objetividad en nuestro quehacer científico. Más aún, la convierte de alguna forma en la piedra angular de ese saber. Textualmente afirma: “El conocimiento objetivo se justifica a sí mismo”. Sin embargo, apenas unas líneas después, Giner subraya más bien su supuesta insuficiencia: “La ética de la objetividad no basta para hacer ciencias humanas”, proclama nuestro autor. La afirmación puede resultar, pues, desconcertante, aunque de inmediato Giner introduce el matiz: “Estas serán más ricas y útiles si se inspiran también en una preocupación por coadyuvar y hallar soluciones racionales y eminentemente posibles a males concretos de la humanidad”.

Pero lo que parece una precisión, una preferencia o un matiz, se convierte en el discurso de Giner en un mandato imperativo: “Las ciencias sociales poseen una tarea simultáneamente moral y científica”.

A ese mandato le enfrentaríamos en su lugar una aparente tautología. Afirmaríamos más bien que la ciencias sociales son e intentan ser un quehacer científico. Evidentemente, ese quehacer puede ser motivado o estimulado por determinadas preocupaciones morales. Pero esas preocupaciones no transforman las ciencias sociales en algo más o menos científico. No son esas preocupaciones las que permiten evaluar la científicidad de ese saber. Así como tampoco su utilidad o su eventual inutilidad deben constituir el criterio.

De una manera desproporcionada, Giner sostiene que “es ridículo abstenerse de juicios morales en el fomento de un saber que aspira a explicar racionalmente fenómenos sociales. Estos son por definición fenómenos morales”.

Que los fenómenos sociales sean fenómenos morales no autoriza –en modo alguno, replicaríamos nosotros– a que debamos enfocarlos moralmente cuando intentamos hacer ciencias sociales. Que los actores o los agentes sociales, cuyo comportamiento tratamos de explicar, actúen orientados por valores o limitados por normas de carácter moral, no implica, en forma alguna, que desde

un pretendido tribunal de la ciencia podamos o debamos enjuiciar valorativamente ese comportamiento. Nuestra tarea es hacerlo inteligible. Nuestra tarea es identificar los factores que lo han hecho posible o probable. Eso ya es bastante. Y como lo sabemos por experiencia, no es tampoco tarea fácil.

Ningún gran sociólogo, a lo largo de la historia de nuestra centenaria disciplina, se ocupó con tanto interés, insistencia y lucidez del tema del funcionamiento de los valores como lo hizo en su momento Max Weber. Me permito citarlo aunque sea por una sola vez: “jamás puede ser tarea de una ciencia empírica proporcionar normas e ideales obligatorios, de los cuales puedan derivarse preceptos para la práctica”(Max Weber, “La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”, en: Ensayos sobre metodología sociológica, Amorrortu, Buenos Aires, 1978, p. 41).

Seguimos creyendo con Weber –casi cien años después– que los valores extracientíficos y las consecuencias derivables de las conclusiones o de los hallazgos científicos no deben transformarse en criterios de verdad para juzgar esas proposiciones o ese quehacer. Eso no exime de responsabilidad a los científicos. Eso permite simplemente distinguir lo que hacen como científicos de lo que los ha llevado a hacerlo, y de las consecuencias que podrían derivarse de sus aportes: de una eventual utilidad que a veces no es posible prever o imaginar y menos aún controlar.

La urgencia mayor –en todo caso para nosotros– es más bien la de fortalecer y consolidar ese saber para evitar que se convierta simplemente en una nueva tecnología más. Es grande el riesgo de terminar haciendo lo que otros ya hacen quizás mejor y, lo peor de todo, dejando de hacer lo que otros definitivamente no harán, porque supondrán, con razón, que eso que nos resistimos a hacer debería ser sencillamente el objeto de nuestro quehacer.